



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 2 DE AGOSTO DE 1886→

NUM. 240

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NOSTALGIA, cuadro de G. Schuchinener

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—Algo sobre antropofagia.—Historias cortesanías: DOS CARTAS (continuación), por don Luis Alfonso.—Carta de América, por Alberto Tissandier.—Viaje á Filipinas (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—Nostalgia, cuadro de G. Schuchinener.—Las vecinas, cuadro de Enrique Woods.—La aplicación, apunte de Werner.—Curiosos, cuadro de Luis Passini.—La emigración, cuadro de Matías Schmid.—Mataero de cerdos en Chicago.—Piscina de agua hirviendo para lavar los cerdos muertos.—Máquina para raer la piel de los cerdos muertos.—Barra del río Gigaquit.—Orgía interrumpida.

NUESTROS GRABADOS

NOSTALGIA, cuadro de G. Schuchinener

Cuanto más se profundiza el estudio de las costumbres en la Edad media, mayor convencimiento se adquiere de la triste suerte que cabía á la mujer, aun cuando su buena estrella la hubiese deparado una cuna dorada en la más suntuosa cámara de un viejo castillo. La dureza de la vida podía tener sus encantos para aquellos hombres de hierro que, á falta de mejor distracción, se batían encarnizadamente en campo abierto ó cerrado, uno contra uno, ó ciento contra ciento... Pero la mujer, la mujer nacida para amar y ser amada, la mujer cuya delicadeza física es comparable solamente con la delicadeza de sus sentimientos de esposa y madre, ¿qué papel representaba en el interior de un cuartel llamado castillo, unida á un varón ó barón que, cuando no tenía fortalezas que asaltar, asaltaba caminantes, y madre de un hijo á quien se educaba para que en todo se pareciese á su padre?...

La consecuencia natural de esas costumbres había de ser forzosamente la nostalgia de la mujer y del niño; de suerte, que el autor del cuadro que publicamos ha sintetizado una época, y, bajo la poética forma de una dama y de un infanzuelo, ha hecho la más severa crítica del feudalismo. La sociedad en que padecen de aburrimiento, en que mueren de nostalgia las madres y los hijos de más elevada alcurnia, es una sociedad fuera de su centro, condenada á morir, como el ser sometido á la influencia de la máquina neumática.

Las figuras de nuestro cuadro revelan perfectamente el estado de su ánimo: en esa mujer, joven, hermosa, opulenta; en ese niño, bello y candoroso; hay un abandono, una indiferencia, un malestar del alma, genuinamente expresados por un artista digno de este nombre.

LAS VECINAS, cuadro de Enrique Woods

Este cuadro, aunque sencillo, ha contribuido mucho á dar á conocer á M. Woods como artista aventajado, creándole cierto renombre entre los aficionados ingleses. Es un estudio de claro-oscuro hecho con inteligencia y soltura, cuyas dos únicas figuras se distinguen por su naturalidad y expresión, que hace innecesaria la descripción del asunto.

¿Qué podrán hacer dos vecinas desocupadas, departiendo mano á mano, sino murmurar del prójimo que habita en el mismo edificio que ellas?

¿Qué ocupación más agradable para cierta clase de gentes que la de sacar á colación faltas ajenas, la mayor parte de las veces sin fundamento ó basadas en simples apariencias?

Que las vecinas de nuestro cuadro se dedican á tan compasiva tarea, es indiscutible: basta observar el interés con que se entregan á su sabrosa plática para comprenderlo así, y para conocer también que tienen descuidadas sus respectivas obligaciones y aun el aseo de su persona por ocuparse seguramente de lo que no les importa.

El cuadro de Woods es un cuadro de género en la verdadera acepción de la palabra.

LA APLICACIÓN, apunte de Werner

Asunto simpático, dibujo correcto, expresión bien definida; tales son las condiciones de este apunte, obra de un artista alemán de envidiable reputación.

CURIOSOS, cuadro de Luis Passini

Passini, á pesar de su apellido italiano, es alemán, mejor dicho austriaco, pues nació en Viena durante el otoño de 1832. Los artistas alemanes tienen una singular afición á los cuadros de género; su tendencia más generalizada es producir un buen número de figuras que representen un sentimiento dado, un impulso común, como lo es la curiosidad en el cuadro que publicamos.

Raras veces, empero, en este orden de composiciones, se consigue un éxito tan completo como el obtenido por Passini con esa escena veneciana, en la cual no hay uno solo de los muchos personajes que la componen, que no se halle en carácter y contribuya al efecto que el artista se ha propuesto. Por debajo de uno de los setecientos puentes de la capital del Adriático, acaba de cruzar una góndola. El autor no ha querido mostrarnos lo que ocurre á bordo que así llama la atención de los transeúntes; lo más probable es que la embarcación conduzca á una de esas familias inglesas que tienen el don de atraerse las miradas de todos los babies y de muchos otros que no deberían serlo. La causa de la curiosidad general queda ignorada; pero esa curiosidad reviste tantas y tan expresivas formas, anima de tal suerte el cuadro y ha dado lugar á una colección de figuras tan bien acabadas todas ellas y con tal acierto agrupadas, que de este cuadro de género puede decirse que es un modelo en su género.

LA EMIGRACIÓN, cuadro de Matías Schmid

Raras, muy raras veces acierta el mejor artista en el conjunto y detalles de una obra, cuando ésta se compone de gran número de personajes dominados por una idea común. Un cuadro, cuando representa algo más que un asunto trivial, es la escena culminante de un drama que, sin salirse de los límites de la naturaleza, ha de hacerse más y más interesante merced á los recursos del arte. Este los

tiene poderosos; pero los tesoros del genio son como los tesoros materiales; no están distribuidos por un igual. ¡Dichoso el artista cuyas manifestaciones pueden ser realmente espléndidas!

Esta condición tiene el cuadro de Schmid. La terrible ley de la guerra, los egoístas recelos de la política, la miseria tal vez, alejan á todo un pueblo de sus hogares. Allí, en el fondo, está la aldea abandonada, pequeña, pobre, triste; pero al fin y al cabo, es la patria de los emigrantes, es el lugar en que fueron bautizados, es el lugar donde trascurrió su apacible existencia, es el lugar donde tenían preparada su sepultura. ¡Cómo despedirse tranquilamente de tales sitios, si ellos son arca santa de los recuerdos de la edad inocente y sepulcro de los huesos de sus padres!...

Este sentimiento, esta pena, la ha interpretado Schmid de una manera admirable. En la distinta edad y condición de los personajes se comprende que los emigrantes no son tales ó cuales familias, sino un pueblo entero: este pueblo se halla dominado por un dolor común; pero, ¡cuán diversas formas toma ese dolor según los personajes que lo sienten! ¡Qué grupos tan bien formados, qué actitudes tan bien sentidas, qué lágrimas tan bien lloradas! Desde el veterano impotente para reconquistar la patria, hasta la rapazuela que se afiige de la aflicción de los demás, la pena domina en todos los emigrantes y trasciende al espectador sin esfuerzo aparente alguno, sin recursos de relumbrón, por la simple fuerza del talento de un artista.

Schmid, insiguiendo en lo que decíamos al principio, es de los pintores que pueden dilapidar impunemente los recursos del arte.

ALGO SOBRE ANTROPOFAGIA

Un lobo á otro no se muerden, dice el proverbio, y aunque no falte quien sostenga que los refranes son axiomas á que ha dado forma la literatura popular y que en calidad de tales no pueden ser desmentidos, fuerza es convenir en que el que encabeza estas líneas está completamente desautorizado por el insaciable apetito de las razas que con orgullo llamamos civilizadas.

Mordiéndose con los acerados dientes de la crítica á esos desventurados habitantes de algunos pueblos de América y de Africa que se dan succulentos festines con las más ó menos frescas carnes de sus congéneres, no hacemos más que lo que haría el lobo hincando el colmillo en el lomo de otro lobo.

¡La antropofagia! Palabra que nos llena de horror y que, sin embargo, está más frecuentemente puesta en acción entre nosotros que entre las tribus bárbaras. ¿Quién no ha sentido oprimido el corazón y revuelto el estómago al oír la pronunciación? Y al mismo tiempo, ¿quién no ha sentido los mordiscos del prójimo? El casero, el prestamista, el editor, la suegra... hé aquí diversas familias de antropófagos ante quienes nos quitamos el sombrero y á los que guardamos toda especie de consideraciones sociales.

¿Hay alguna diferencia entre esos seres y los que se adornan con un manojo de plumas colgado de las ternillas de la nariz? Una terrible. Mientras los antropófagos salvajes acaban de una vez con sus víctimas para prepararse apetitosos rosbeefs, los civilizados se van comiendo las suyas de vivo en vivo.

Antropófagos por antropófagos, estoy por los primeros. Conste, pues, que al referir á mis lectores algunos de los episodios de la vida de esos masticadores de carne humana, los saludo con la misma delicadeza que guardo hacia los que encuentro todos los días en mi casa y en la calle.

Un amigo mío que ha vivido veinte años entre los indios, me ha referido la anécdota siguiente:

En una excursión que hizo al oeste de los Estados Unidos acompañado de otros cinco ó seis viajeros, se encontró una tarde rodeado de una banda de hambrientos Chickasaws. Los belicosos indios lanzaron al aire su grito de guerra y como por encanto los europeos cayeron destrozados por las mazas de los guerreros. Mi amigo, sin embargo, se encontró salvado milagrosamente; una negra, que debía gozar de grandes preeminencias entre los Chickasaws, le tomó bajo su protección, y esto bastó para que nadie se atreviera á tocarle al pelo de la ropa. Aquella excelente criatura se llamaba Ouaití.

Al cabo de algún tiempo el afortunado viajero abandonó la tribu para pasar en calidad de lugarteniente á la de los Muscolgulgos, y dos años después tuvo ocasión de hacer una visita á los Chickasaws.

El jefe de la tribu, cumpliendo con una ley de cortesía, invitó á comer al lugarteniente de sus aliados, y como lo salvaje no parece que quita á lo cortés, fuerza es convenir en que le trató con la mayor cordialidad y le prodigó las más delicadas atenciones.

Animado por la conversación y por lo apetitoso de los manjares, se atrevió al fin á dirigir algunas preguntas á su huésped:

—¿Y aquella simpática Ouaití, qué ha sido de ella?
—¿Ouaití?—preguntó el jefe de los Chickasaws.
—Sí.
—En este momento os la estáis comiendo,—respondió el indio con la más apacible de las sonrisas.
—¿Cómo?... ¿Este trozo que tengo entre mis dedos?...
—Es de ella,—respondió el indio, acompañando sus palabras de una franca carcajada.

Mi amigo debió sentir un instintivo movimiento de repulsión, pero comprendiendo que una indiscreción podía exponerle á servir él mismo de manjar en la mesa de su hospitalario huésped, se contentó con decir estas breves palabras:

—¡Era una excelente mujer!
A lo cual el indio, mordiéndose un trozo de los más magros, se limitó á contestar:

—Jamás me ha parecido tan buena como ahora.

* *

Un escocés que se dirigía al país de los mormones tuvo la desgracia de caer en medio de una tribu india. Tanto sus compañeros como él comprendieron que lo mejor era captarse las simpatías de aquellos caballeros, de cuyas intenciones no estaban muy seguros, y al efecto partieron con ellos los abundantes víveres que llevaban.

Tal impresión produjo en la tribu la esplendidez de los visitantes, que, cautivados los salvajes por el agradable trato de los extranjeros, trataron de corresponder á sus agasajos.

Aquel momento le pareció al escocés el más favorable para hacer propaganda en pro de los europeos, contra los que los indios sienten una invencible aversión.

—¿Es cierto que no amáis á los que vivimos al otro lado de los mares?—preguntó á un indio que chapurreaba el inglés.

El salvaje hizo un movimiento negativo.

—¿Y por qué?—insistió el natural de Escocia.—Los europeos no tenemos interés en haceros daño. Además, nuestra civilización está mucho más adelantada que la vuestra: en Europa se cultivan las ciencias, las artes, la industria y el comercio y estos ramos son los que dan el bienestar á los pueblos.

—Es posible,—respondió el indio.

—Entonces, ¿por qué no pensáis en estrechar las relaciones con nosotros?

El salvaje pareció reflexionar un instante; pero después, sacudiendo la cabeza como el que trata de desechar un pensamiento importuno, respondió bruscamente:

—No, no, jamás podremos entendernos con semejantes hombres.

—¿Y por qué, amigo mío?—preguntó cariñosamente el escocés, que trataba de encontrar la causa moral de semejante antipatía.

—Porque,—contestó el indio,—la carne de los europeos es salada y á nosotros no nos gusta la sal.

* *

Una familia alemana, compuesta del padre, la madre y dos niños de los cuales el uno tenía diez años y el otro doce, se fué á establecer en Kansas.

En una excursión que hizo el emigrado á los alrededores de su morada, encontró bañado en su propia sangre á un infeliz Piel-roja que mostraba en la cabeza las huellas de un terrible golpe de maza.

A pesar de aquella herida, había logrado escapar de los enemigos de su tribu; pero una vez terminado el combate se encontró solo, abandonado y á punto de espirar á causa del hambre, de la sed, y sobre todo de la pérdida de sangre.

El alemán tuvo piedad de él y le recogió en su casa, en la que acabó por mirársele como un individuo de la familia.

Un día, durante la comida, el alemán preguntó al salvaje:

—¿Te encuentras bien entre nosotros?

—Perfectamente,—respondió.

—¿Y puedes decir que nos amas?

—¡Oh! mucho, muchísimo.

—Pero, ¿hacia cuál sientes más predilección, hacia mí, hacia mi mujer ó hacia mis hijos?

—Hacia uno de vuestros hijos.

—¿Cuál?

—El menor.

—¿Y por qué?

—Porque está más gordo y su carne debe tener un sabor más delicado.

Al día siguiente el emigrado se apresuró á despedir al gastrónomo, que sin duda alguna corrió á reunirse á sus compañeros de tribu.

* *

Hace poco más de medio siglo, un francés, ganoso de hacer fortuna, se trasladó á Panamá con el propósito de cambiar una considerable cantidad de diversos géneros que había reunido, por las perlas que abundan tanto en aquellas comarcas.

Panamá era entonces un país mortal para los europeos. Los que escapaban á los estragos de la fiebre amarilla tenían casi la seguridad de perecer á manos de los salvajes que poblaban aquellos lugares, trasformados hoy gracias á la civilización difundida por los Estados de la Unión.

Esta era la causa por la que pocos europeos se aventuraban á emprender semejante viaje; pero, como la fortuna es tentadora, no faltaba de vez en cuando alguno que se jugara la vida en una partida que, al propio tiempo que una muerte casi segura, ofrecía también grandes probabilidades de enriquecer á los jugadores de corazón bien templado.

Nuestro aventurero partió para el temible y deseado país donde le esperaban los salvajes y las perlas, la fiebre amarilla y la fortuna.

El principio de su viaje no había podido ser más ven-



LAS VECINAS, cuadro de Enrique Woods

turoso. Un día más de camino y podría llenar sus bolsillos de aquellas preciosas conchas que tanto abundan en Panamá.

Mas ¡ay! en el momento en que soñaba en sus riquezas futuras, una banda de salvajes, de los más temibles del contorno, le rodeó, se apoderó de su persona, y después de un maduro examen se resolvió a amarrarle a un árbol.

Después sólo se trató de decidir de su suerte.

Entre los salvajes se encontraba un negro cimarrón que había sido esclavo en Santo Domingo y que chapurreaba un poco el francés.

—Preparaos á morir, porque hemos decidido comer, —dijo.

—¿Está completamente resuelto?

—Sin apelación.

—Me extraña el capricho.

—Pues es lo más natural del mundo; somos aficionados á los buenos manjares y no es cosa de dejar perder la ocasión de darse un buen banquete.

—¿Y sabéis cómo me vais á comer?

—Vos estáis gordo é indudablemente se os asará á la parrilla.

—Y á los delgados, ¿cómo se les come?

—Cocidos.

—La verdad es que ni lo uno ni lo otro es muy alegre.

—Para vos no; pero para nosotros no puede ser más divertido.

—¿Es decir, que también vos me comeréis?

—Mi parte no se la cedo á nadie.

El francés guardó algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales, dando un salto, como si se hubiera sentido acometido de una súbita inspiración, exclamó dirigiéndose al negro:

—¿Y qué haríais si yo os indicara un medio de comerme de una manera más sabrosa?

—Os quedaríamos eternamente reconocidos, —contestó el negro con la mayor naturalidad.

—Vosotros, hombres primitivos, ignoráis ese arte delicioso, el primero de todos y al que nosotros llamamos culinario. Sabed que hay más de cincuenta maneras de preparar una misma sustancia alimenticia, y puesto que mi suerte está decidida, sería criminal en mí no presentarme á vuestro paladar de la manera más recomendable posible.

—Ese amor propio os honra y os asegura nuestra gratitud. Pero, ¿cómo haréis para condimentaros vos mismo?

—¡Ah diablo! —dijo el francés, —no había pensado en esa dificultad... Pero, hay un medio, —añadió dándose una palmada en la frente.

—¿De veras? —preguntó el negro profundamente admirado.

—De veras. Voy á preparar ante vosotros un animal cualquiera, á vuestra elección; vosotros me veréis condimentarlo, y si encontráis mi guiso aceptable, emplearéis conmigo el mismo procedimiento.

—La idea es excelente, —dijo el negro. —Voy al instante á transmitir vuestra proposición á nuestro jefe.

Sol de la noche, que este era el nombre del jefe de la horda, aceptó el trato y puso un mono á disposición del francés. Este, que manejaba la cocina regularmente, en

lo permite, voy á preparar otro mono delante de ellos.

Sol de la noche aceptó; pero en lugar de la salsa tártara el francés hizo esta vez una salsa picante que pareció todavía mejor que la primera.

—No es esto todo, —dijo el prisionero al jefe de la tribu, —aun sé condimentar de infinitas maneras las viandas. Si queréis, ensayaremos mis talentos culinarios hasta el fin.

—Ya lo creo que quiero, —respondió *Sol de la noche*, —tú serás nuestro cocinero hasta que encuentres uno de los nuestros lo bastante instruido en tu arte para reemplazarte y para que te condimente con el esmero á que tus méritos te hacen acreedor.

Desde aquel momento no hay para qué decir que el francés puso en juego todo su ingenio para encontrar cada día una nueva salsa y prolongar así su existencia.

Por fin, después de cierto puding á las remolachas y de una mayonesa á la Marengo, el jefe indio dió un salto de entusiasmo y convocó inmediatamente á los dignatarios del reino en asamblea extraordinaria.

El prisionero comparó ante los grandes, y S. M., con voz entera y no desprovisto por completo de formas oratorias, exclamó:

—Hombre singular, tú eres de los que hacen comer y no deben ser comidos. En atención á estas razones te hago gracia de la vida, con la sola condición de que continúes encargado de la cocina y procures formar discípulos. Además de esto te nombro desde ahora sucesor de mi trono. Hasta aquí nuestro pueblo valeroso, pero mal alimentado, no ha sido gobernado más que por héroes; justo es que desde hoy comprenda que no hay gran pueblo mal comido.

Todos sus súbditos aplaudieron tan acertado acuerdo. *Sol de la noche* era un rey filósofo.

Desgraciadamente murió con el disgusto de no dejar su corona en las sienes de un digno heredero, porque el

calidad de aficionado, le preparó con una salsa tártara capaz de satisfacer el paladar más exigente.

Jamás manjar alguno pareció tan delicado á *Sol de la noche*, el cual, después de chuparse los dedos, como se dice vulgarmente, dijo al improvisado cocinero:

—Estimable amigo, tus votos se verán cumplidos. Serás guisado, según tus deseos, en esta deliciosa salsa, y para probarte que no soy insensible á tu galantería, te prometo cortar con mi propia mano la cabeza del que se encargue de prepararte, si su salsa no resulta tan sabrosa como ésta.

Y volviéndose á los suyos añadió:

—¿Quién de vosotros quiere tener el honor de guisar á nuestro prisionero?

Los salvajes se miraron prudentemente unos á otros, sin atreverse á aventurarse en una empresa que podía tener fatales consecuencias.

—Veo, —se apresuró á decir el prisionero, —que estos caballeros necesitan otra lección. Si Vuestra Gracia

francés, desdeñando el cetro, aprovechó la primera coyuntura para volverse á su patria.

La moraleja de las precedentes anécdotas no puede ser más que una. Los antropófagos civilizados son mucho más temibles que los salvajes. De los últimos es fácil que le libren á uno el ingenio y la audacia. De los que nos chupan la última gota de sangre vestidos de levita, ¿quién puede librarse?

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Continuación)

—¿Será V. firme?

—Sí.

—Es que una mujer joven y guapa que llama con los brazos abiertos, tiene mucha, pero mucha fuerza, para con Vds., que no pueden pasar, ¿verdad que acierto? que no pueden pasar sin caricias de mujer... ó hembra...

Se expresaba, entre amenazadora y despreciativa.

—Sin caricias de hembra puedo y podré siempre pasar; sin las de una mujer adorada, dueña de mi alma y de mi vida, no.

Parecía que un apuntador diabólico me iba dictando las palabras.

—Corriente; voy á hablarle á V. de mi novio... y antes de mí... y por fin de V. mismo.

—Sí, sí; hablemos.

—Pues, en primer lugar, conviene que V. sepa que si empleo con V. esta franqueza, que V. para sus adentros calificará de desvergüenza ó poco menos...

—¡Teresa!

—Si me explico así, á la segunda vez de hablarnos, —decía, —es porque hace ya tiempo que le conocía á V... sin conocerle.

—¿Cómo?

—Verá usted. Personas que frecuentan mi casa, —su amigo de V., Leonardo entre ellas, —habían ponderado mucho á mi padre las cualidades de V., lo cual me había despertado alguna curiosidad de conocerle; mi hermana y algunas amigas habían hablado delante de mí de los famosos amores de V. con Calipso, lo cual había aumentado la curiosidad. Cuando le conocí á V. de veras, esto es, personalmente, tuve una de las ideas, de las perversas ideas, lo confieso, que suelen asaltarme, la de indisponer á V. con Calipso. Después sentí cierto deseo de estudiarle á V., para lo cual apelé á cierta coquetería y le otorgué larga conversación. Ahora me interesa V. de un modo, y por causas que V. mismo no puede adivinar todavía, que preveo que mi cariño no ha de acabar nunca.

—¿Cómo Teresa! ¿Usted de verdad me quiere?

—¿Por qué no? Oigame V. atento, porque importa.



LA APLICACIÓN, apunte de Werner

He recibido una educación que dió resultado completamente distinto del que mi buen padre se proponía. Encierro, devociones, lecturas místicas, recato estrechísimo,



CURIOSOS, cuadro de Luis Passini



LA EMIGRACIÓN, cuadro de Matias Schmid

cuanto se me impuso hasta los veinte años, sólo sirvió para enardecer mi sangre que me bulle siempre en las venas como fuego...

Pronunció esta confesión de un modo y la acompañó de una mirada tal, que yo á mi vez sentí como una llamada que me envolviese de pies á cabeza.

—Leía devocionarios, — prosiguió Teresa, — por ejemplo, el mes de María, y sólo reparaba en las ternezas y cariños que en dulces coplas dirige á la Virgen el autor. Cogía las obras de Santa Teresa y olvidando sus oraciones y sus cánticos místicos, se hincaban como clavos en mi memoria versos como aquellos que dicen:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí,
Y yo soy para mi amado.

Se me vino á las manos la Sagrada Escritura un día, y hojeándola, me encontré con el «Cantar de los Cantares.» ¡Qué revolución produjeron en mí las voces ardientes y apasionadas de la Sulamita! ¿Piensa V. que me sirvieron de algo las notas? de nada. Devoraba yo una y cien veces los versículos en que ella llama á su amado con una pasión y un entusiasmo que á mí me abrasaban hasta la mano con que sostenía el libro... Y así con todo cuanto leía ú oía ó aprendía... Hay que reconocerlo y confesarlo: mi padre me educaba con gran cuidado para el cielo y á mí me atraía cada vez más el infierno...; si infierno es, como debe de serlo, el amor...

Calló un momento Teresa que había dicho las últimas frases con voz queda, pero con expresión vehemente y á la vez sombría. Yo la contemplaba silencioso y trastornado.

— Llegué así á los veinte años. Entonces, desde el caserón que habitábamos en un pueblo de Navarra, donde no veía más que á curas, labriegos y antiguos jefes del ejército carlista, nos trasladamos á Madrid. Mi madre se había mostrado siempre completamente rehacia á este proyecto; profesaba verdadero horror á la corte; decía que era la Babilonia prostituída de los libros sagrados; en fin, que no había que pensar en hablarle del asunto. Pero mi madre murió, y mi padre, que no era en este punto tan exagerado y que comprendía que el centro de dos muchachas de buena familia no es un lugarón navarro, ni había allí de casarnos según convenía, nos trajo á la corte, — aquí, donde residimos hace unos seis años. — Tengo veinticinco cumplidos, sépalo V., — añadió alzando la cabeza con orgullo, segura de ostentar la plenitud de su belleza y de su vida... — En Madrid conocí hace un año á mi novio.

— ¡Ah! — interrumpí.

— Sí; ahora vamos á la segunda parte. Mi novio puede citarse como modelo de caballeros; es de buena presencia; tiene talento é instrucción; pertenece á una noble familia, posee abundante caudal... No había el menor pretexto para no quererle y en efecto, le quise.

— ¡Maldito sea! — murmuré entre dientes.

— Tanto más, — continuó Teresa como si no me oyese, — cuanto que él, desde la primera vez que habló conmigo, — y fué por cierto en un baile, — se enamoró de mí con la formalidad y el candor (son las palabras propias) con que se enamoran las personas como él... Pero mi novio es liberal rabioso mientras que mi padre, como sabe V., es furioso absolutista; es también sabido que D. Ramón de Fueros, cumplido y cortés cual ninguno en sociedad con todo el mundo, está firmemente resuelto — y es muy lógico, — á no casar una hija suya con persona que profese las ideas que él más aborrece. Quiere, pues, decir que mantuvimos ocultas nuestras relaciones, prestándose él — con una obediencia y una exactitud militares, — á no verme más que tales y tales días y á estas ó las otras horas... Es hombre, ya lo he dicho, muy formal; nunca se le ocurrió cometer una imprudencia... Tenía amistad con mi familia y visitaba mi casa alguna vez; los jueves, por supuesto, no. Yo, por mi parte, mientras me era posible, no salía á la reunión.

Una tarde vino á casa con pretexto... no, con el motivo verdadero de ver á mi padre y tratar no sé qué asunto con él. Hizo la casualidad, ó el diablo, que Angelita estuviera en cama un poquillo indispueta, y mi padre en la calle, como á aquella hora siempre solía estar, pero el criado que le vió salir no fué el mismo que abrió á mi novio é hizo pasar á éste al despacho.

Allí en vez del padre se encontró con la hija, conmigo, que estaba de bata, medio despeñada y no muy ceñida, como en mi casa y sola... Al verme, así..., de improviso, aquel bravo caballero, tan enérgico en sus cosas, de tanto valor y talento, se quedó cortado y confuso; balbuceó palabras de excusa é iba á retirarse... Tuve que detenerle y que decirle que supuesto que la suerte nos procuraba aquel rato, no lo debíamos desdeñar. Siempre confuso, se sentó junto á mí, y rehaciéndose, empezó á hablarme con una pasión, con uña vehemencia que realmente me conmovieron... más aún que los versos de Santa Teresa y los versículos de la Sulamita...

Había venido él entrada la tarde y engolfados en la conversación empezó á faltar la luz cuando mayor era el fervor de mi galán y más fervorosa estaba yo escuchándole. «Nos quedamos á oscuras, — murmuré sin moverme. — ¿Y qué importa? — replicó él, — estás con un caballero... y tan segura como en plena luz y en plena calle.» Tanta hidalguía me abrumó; le dí las gracias, y me iba á incorporar para despedirle... porque era ya inconveniente seguir así, cuando oí al lado, en el gabinete, la voz de mi padre que me llamaba.

De un salto acudí al llamamiento.

— Haz salir á ese hombre, sin que lo note nadie, — me dijo con voz acre y dura, — y ven á mi cuarto.

Obedecí sin replicar; mi novio quería presentarse á mi padre, defender mi honor, sostener que no había osado en lo más mínimo, que... Yo le dije que no se apurara de tal modo, que saliera aprisa y que ya le avisaría de lo que ocurriese.

Apenas lo puse disimuladamente en la escalera, acudí al cuarto de mi padre. Mediaron pocas palabras, y todas frías, entre los dos:

— ¿Te quiere ese hombre?

— Sí.

— ¿Se casaría contigo?

— Sí.

— Pues casaos.

— ¿Lo exige usted?

— ¿Es que no quieres casarte con él?

— No.

— En buen hora; mas no pienses ni hoy ni nunca casarte con otro. O él, ó nadie. ¿Entendido?

— Sí.

Nada más dijimos ni era menester, porque los dos nos conocíamos perfectamente.

Mi novio no supo nunca esta conversación ni tampoco, — porque yo le hice creer lo contrario, — que mi padre me había sorprendido á solas y á oscuras con él, y que me tenía por deshonrada... Por otra parte, mi mismo padre le saludó cual de costumbre cuando le vió; le invitó á comer algunas veces y permitió que continuara visitándonos. Yo seguía hablando con él por el balcón, — por este mismo, — como antes, aunque con poca frecuencia... porque ya no me probaba el relente...

Poco tiempo después tuvo el novio que emprender un viaje; yo me mantuve un poco retraída y un mucho fastidiada: una noche salí á la tertulia por orden de mi padre y por conocer al... amigo de Calipso; V. me habló dos veces, enfermó Calipso, V. ha venido aquí y yo aquí estoy...

Calló Teresa y quedóse mirándome con la brava fijeza que le era propia. Estaba hermosísima; llevaba una bata de color muy claro, si no blanco, y sobre los hombros, á guisa de abrigo, un chal de crespón rojo con flores negras, que acentuaba más su belleza enérgica y propiamente amenazadora.

Había escuchado yo anhelante su narración y sin que me asaltara la menor sospecha acerca de su verdad; había en sus conceptos una audaz franqueza y en su acento una energía que no permitían dudar.

— ¿Me consiente V. algunas preguntas? — dije yo apoyando mi frente en los hierros del balcón, al nivel de la suya, pues Teresa seguía reclinada, como indiqué, sobre un cojín y tan cerca de mí, que aspiraba yo perfectamente, no tan sólo el penetrante olor de heliotropo con que estaba perfumada su ropa, sino el perfume natural de su aliento.

— Pregunte V., — repuso.

— ¿El novio ha vuelto?

— No.

— ¿Volverá?

— Tal vez.

— ¿Y si vuelve?

— ¿Y si Calipso insiste?

— Será en vano.

— Pues digo lo mismo.

— ¿De modo que ya no le quiere usted?

— Ya no.

— ¿Y á mí?

— Empiezo...

(Continuará)

CARTA DE AMÉRICA

Chicago. — Los stock yards y los mataderos. — Los depósitos de maderas y los parques

Al visitar la ciudad de Nueva York, creeríase que en ninguna otra parte se puede ver mayor movimiento en las calles, ni tanta actividad como la que cada cual despliega para despachar sus negocios; pero Chicago presenta un golpe de vista más extraordinario aún. En las vías principales, y particularmente en State Street (calle del Estado), el número de vehículos es prodigioso; los tranvías, unidos y siempre llenos de gente, se siguen unos á otros, formando una compacta fila, y al verlos diríase que van enlazados con una cadena sin fin; los transeúntes circulan en medio de todo esto y completan el interesante espectáculo de la ciudad, que parece no existir más que para el trabajo. Si el viajero se dirige hacia el pequeño río de Chicago, en cuyas orillas están los depósitos de trigo, el golpe de vista es aún más curioso: los barcos de vapor mezclan sus columnas de humo con las de gigantescas fábricas; innumerables barcas cruzan la corriente á cada momento; y es tan considerable la multitud que circula por los puentes, que basta mirarla para sentirse sobrecogido de una especie de vértigo.

Después de recorrer las calles, lo más curioso que hay en la ciudad son los stock yards, ó mercado de reses para el consumo público, y los mataderos adjuntos.

Algunas cifras bastarán para dar idea de ese inmenso mercado de animales. En los diversos parques que de él dependen hay bastante espacio para 25,000 vacas, 100,000 cerdos y 22,000 carneros, sin contar las cuadras, que tie-

nen cabida para 500 caballos. En la construcción de las cercas de estos parques se han empleado más de 9,000 metros de tablas y tablones, y el conjunto de aquellos ocupa una milla cuadrada de superficie, es decir, unos 2,592,100 metros cuadrados. Cada parque está separado por avenidas destinadas á la circulación del público y de los dueños del ganado. En todas partes se han puesto numerosos planos inclinados para que los animales puedan bajar fácilmente de los furgones de transporte y entrar en los parques, ó en los mataderos, según convenga. Los trenes del camino de hierro llegan cargados de provisiones de Texas, de Pensilvania, del Ohio, etc., y el espectáculo que presenta aquella multitud de 150,000 animales, ó poco menos, que mugen y aullan en todos los tonos, juntamente con el incesante movimiento del público, el cual llena las numerosas calles formadas por las cercas de los parques, constituye un cuadro que sólo podría verse en una ciudad de los Estados Unidos. Los gastos hechos para las construcciones del gran mercado pasan ya de 15,000,000 de pesetas, y todos los días se ensanchan más. Trescientos guardianes vigilan ese establecimiento, verdaderamente prodigioso.

De los numerosos mataderos que aquí hay, el establecimiento Armour y C.^a es el más considerable.

El edificio, construído con madera, es inmenso, y según parece, sus dueños le ensanchan á medida que lo exigen las necesidades, pero sin concretarse á ningún plano determinado, pues todo se hace apresuradamente, sólo para obviar las dificultades del momento. Esto es un verdadero laberinto de cobertizos y salas enormes que se comunican de diversos modos por galerías, escaleras, ascensores y puentecillos suspendidos, por donde pasan los operarios y circulan también los coches del tren. Cualquiera que no conozca la localidad se perderá seguramente en estos edificios inmensos si no le acompaña una persona para indicarle el camino. El director, M. Cudahy, ha tenido á bien concederme el permiso necesario para verlo todo, disponiendo que un joven empleado me sirva de guía. No se podía esperar mayor amabilidad.

Cuando se entra en los mataderos, lo primero que se visita es la sala donde se inmolan los cerdos: éstos llegan uno á uno á los compartimientos (fig. 1), obligándoseles á pasar, desde su salida de los parques, por una especie de senderos formados con tablas. Un hombre los coge por las patas posteriores é introduce en una de ellas un gancho provisto de una larga cadena; otro individuo, situado en la galería superior, tira de aquélla, elevando el animal, y éste, suspendido así por un pie, grita espantosamente. Sus compañeros responden con verdaderos aullidos; mas no por eso adelanta menos el trabajo. La cadena, de cuya extremidad está pendiente la víctima, se arrolla con una especie de manubrio á lo largo de un rail horizontal, y el cerdo se desliza así hasta las manos de su ejecutor, que, casi desnudo y cubierto de sangre, le hunde un ancho cuchillo en la garganta. La sangre corre á borbotones, el animal no grita ya, pero aún se pueden observar las últimas convulsiones de su agonía. Sin más que un ligero movimiento, el verdugo empuja el cerdo de modo que se deslice á lo largo del rail, apoderándose de otro, repite la operación, y así sucesivamente; de manera que puede matar siete en un minuto, poco más ó menos, y quinientos en una hora. No es posible ver esta matanza sin experimentar cierto horror: los gritos de los animales y los torrentes de sangre producen una sensación de disgusto y un malestar indefinibles; pero cuando al día siguiente volví á la misma sala para dibujar á mi gusto, quedé sorprendido al reconocer que mi impresión se había debilitado bastante. El verdugo ha venido á conversar un rato conmigo, y no me ha causado poco asombro observar que aquel hombre, cubierto aún con la sangre de sus víctimas, y vestido muy á la ligera, tenía una fisonomía distinguida, de afable expresión. Dirigióme discretamente algunas preguntas, y cuando supo que mis croquis estaban destinados á un periódico científico francés, hablóme como hubiera podido hacerlo una persona instruída é inteligente. Sus ayudantes, que se le asemejaban en este sentido, me rodearon y pidieronme detalles sobre los mataderos de París, y hasta sobre la gran ciudad. Estos trabajadores americanos no son seguramente como los franceses; su educación es superior, y me hicieron olvidar que me hallaba en medio de la sangre y de numerosas víctimas.

Los cerdos inmolados y pendientes, como acabo de indicar, desaparecen después bajo un compartimiento de madera para entrar en una piscina de agua hirviendo (figura 2), donde unos hombres, armados de largas picas, los someten á un primer lavado. Una especie de cogedero, semejante á una enorme parrilla encorvada, de la misma anchura de la piscina, recoge después cada animal, y dando media vuelta depositale en una mesa de mármol. Hecho esto se engancha el cerdo otra vez en una cadena, que le hace pasar á la máquina de raspar la piel (fig. 3): unas ruedas dispuestas en todos sentidos pelan y raspan el cuero del animal, despojándole de todas sus cerdas; y de aquí sale completamente desnudo, siendo conducido por la cadena á otras mesas de mármol, donde los operarios le lavan por segunda vez bajo unas regaderas que vierten el agua en abundancia.

Después de sufrir estas diversas operaciones, y colgados de nuevo por un pie, para deslizarlos otra vez por un rail, los cerdos son conducidos á una sala, donde se les corta la cabeza, despojándoseles de las entrañas, tripas, etc. Estas últimas partes del cuerpo del animal se llevan al departamento reservado para la tocinería; después se procede á un tercer lavado, y algunos hombres trasla-



Fig. 1.—Matadero de cerdos en Chicago

dan al fin las víctimas, vacías y decapitadas, á una sala enorme, donde se cuelgan del techo: en este vasto depósito hay lugar suficiente para 10,000 cerdos.

Por último, colocados en los refrigeradores, donde permanecen dos ó tres días sin corromperse, bajo la acción de una temperatura constante de 38° Fahrenheit, los cerdos pasan al departamento donde se deben descuartizar por los carniceros. El trabajo de estos hombres no deja de ser curioso, y en la sala donde se hallan reina siempre una actividad prodigiosa: cortan todas las partes del cuerpo del animal con una destreza y prontitud sin igual, y otros obreros las llevan á las diferentes partes del establecimiento donde se han de preparar para la venta. Los jamones pasan á los inmensos hornos en que se someten á la operación de ahumarlos; otras carnes van á los sótanos, destinados á la salazón; y las demás, en fin, se cuecen y colocan en cajas de hoja de lata. Mi guía me conduce después á los diferentes talleres, y entonces veo la sala de la tocinería, donde varias máquinas movidas por vapor recortan la carne para elaborar las salchichas, de las cuales se hacen 52,000 libras diarias. En otra dependencia está la sala donde se embala la manteca: treinta jóvenes cosen sacos, y apenas tienen tiempo de verme pasar, porque su trabajo es de los más activos. Más lejos están los talleres de tonelería, para exportar la carne en salazón; y por último, se llega á las cocinas, admirables por su limpieza y aseo. Las ollas están llenas de carnes de vaca, de carnero y de cerdo, que se ponen después en latas para conservas: unas maquinillas giratorias, muy ingeniosas, las cierran y practican las herméticas cerraduras, que permiten guardar el contenido en buen estado indefinidamente después de la expulsión del aire. En las salas donde se pintan y barnizan las latas, las mujeres ocupadas en esto han de trabajar activamente: en sólo un día pueden despachar de 35,000 á 40,000.

Las vacas no se matan como los cerdos y los carneros: desde el parque provisional donde se hallan se las hace pasar una á una por un estrecho pasadizo formado con tablas; ábrese una trampa, y el animal, hostigado por un hombre que ocupa una especie de estrado, penetra en un compartimiento donde no hay sitio más que para él. Un hábil tirador, provisto de una carabina, y que se halla, como su compañero, en el tablado superior, apunta entre los dos ojos de la víctima, casi á boca de jarro; el animal cae como herido del rayo, y por una segunda trampa, que se abre entonces, pasa á la carnicería. En cuanto á los carneros, sólo se matan 200 y sufren las mismas operaciones que los cerdos. Mi guía me conduce á los inmen-

tos talleres dependientes del establecimiento, destinados á la preparación de las pieles de los animales. En los mataderos se ocupan 3,200 operarios durante el verano y 4,500 en invierno, empleándose más de 100 caballos constantemente para los diferentes servicios. El establecimiento Armour tiene una superficie de 97,104 metros cuadrados. Además de los considerables envíos de carnes en conserva, jamones, etc., que se hacen diariamente para todas las provincias de los Estados Unidos, aquí hay un grande almacén para el despacho al por menor, donde los habitantes de la ciudad hacen sus compras.

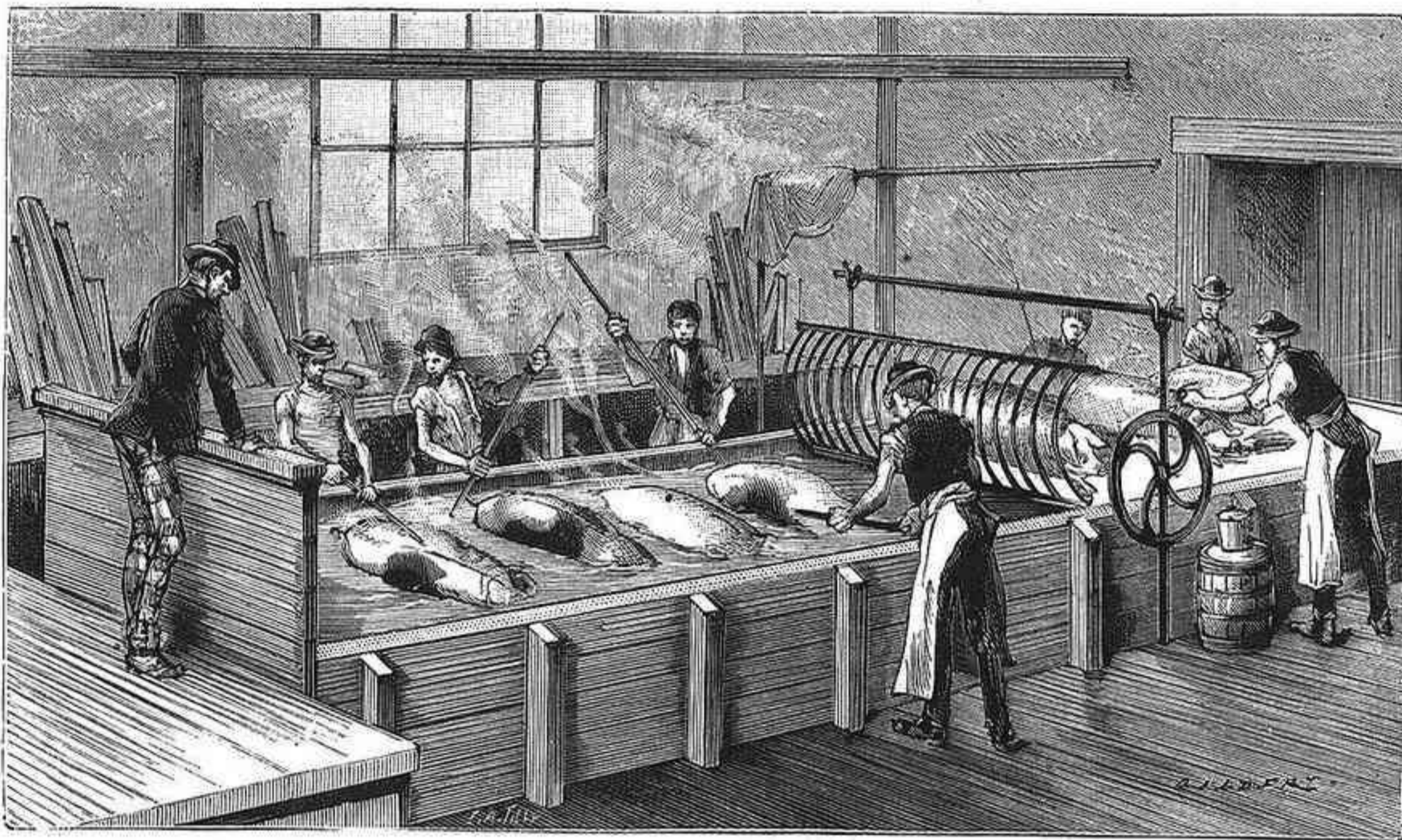


Fig. 2.—Piscina de agua hirviendo para lavar los cerdos muertos

importancia consiste en sus grandiosas dimensiones. Los parques situados alrededor de la ciudad, bastante agradables, están muy concurridos todas las fiestas, pues los habitantes van á pasar allí una parte del día. En los ríos y los lagos artificiales hay mucho movimiento de barcas de toda especie; con frecuencia se ve un frágil esquife lleno de muchachas de 12 á 15 años que van solas y reman cantando.

Aquí gustan mucho las flores y los parterres: estos

plantíos de mal gusto están más á la moda en Chicago que en Francia, y los horticultores se distinguen por sus extravagancias. El público acudía presuroso á South-park para contemplar unas figuras trazadas con plantas y flores que representaban un elefante, un camello, una mariposa y la bandera americana. Otra de las novedades era un enorme cuadrante solar, figurado sólo con plantas crasas; las horas se indicaban sobre la yerba con otras de follaje rojo, y como el jardinero había orientado muy bien su cuadrante, la sombra indicaba con bastante precisión la hora del día. Estos jardines públicos de Chicago se parecen bastante al Bois de Boulogne, de París, porque están dibujados por el mismo estilo; pero South-park y Lincoln-park, con sus ríos y sus lagos, formados por la mano del hombre, se hallan.... ¡á orillas del lago de Michigan! Por este concepto, la comparación es imposible. En ese lago inmenso no se puede ver desde una orilla la opuesta, á causa de su inmensa anchura; y como está surcado por numerosos vapores y barcas de recreo, cualquiera creería hallarse ante el mar. Gracias á la sociedad del Floating hospital se ha construido en el lago un muelle de madera de 200 á 300 metros de longitud, adornado con pórticos, y donde hay varios gimnasios destinados exclusivamente á los niños enfermos. Allí, acompañados de sus padres, pueden respirar el aire puro de las aguas del Michigan, y recobrar las fuerzas perdidas haciendo los ejercicios que más prefieren. Esta construcción acuática me parece bastante original, pero no es mala idea, y ya se han tocado los beneficios, pues las pálidas mejillas de muchos bebés recobran sus frescos colores en ese paseo reservado.

ALBERTO TISSANDIER

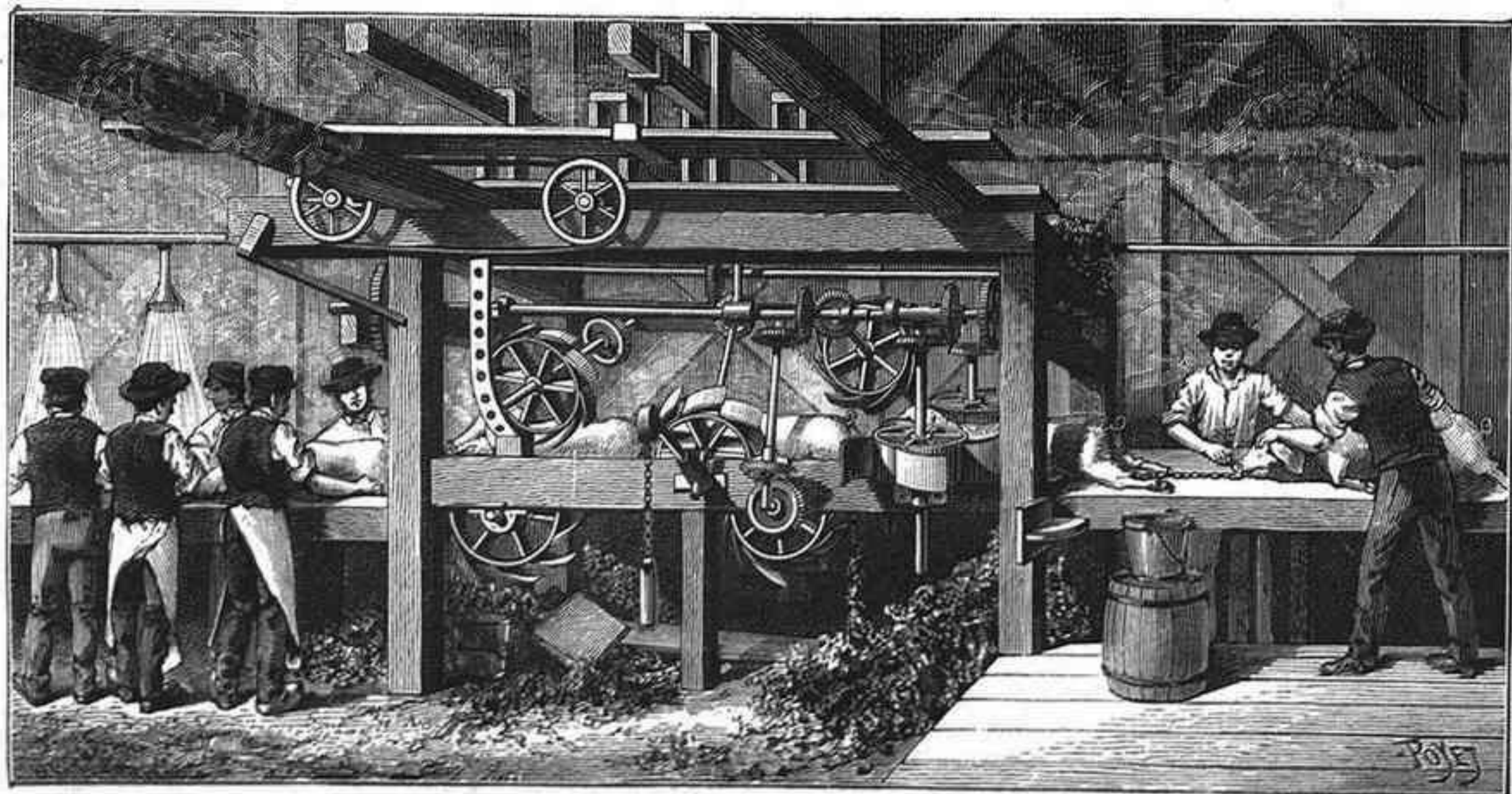


Fig. 3.—Máquina para raer la piel de los cerdos muertos

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

21 noviembre.—A las siete de la mañana, deslizándose rápidamente en medio de la espuma de las cataratas, llega toda una flotilla de balsas montadas por mandayas. El poderoso Husip, á quien han seducido las promesas de mis embajadores, viene con toda su tribu para remolcarme.

La balsa mandaya es fácil de fabricar; tres troncos de bambú, enlazados fuertemente, constituyen el conjunto: el hombre que la monta va de pie, sirviéndose de su lanza como de un garfio; todos estos mandayas desnudos, y cubierta la cabeza de una especie de hongo, tienen una fisonomía de las más extrañas.

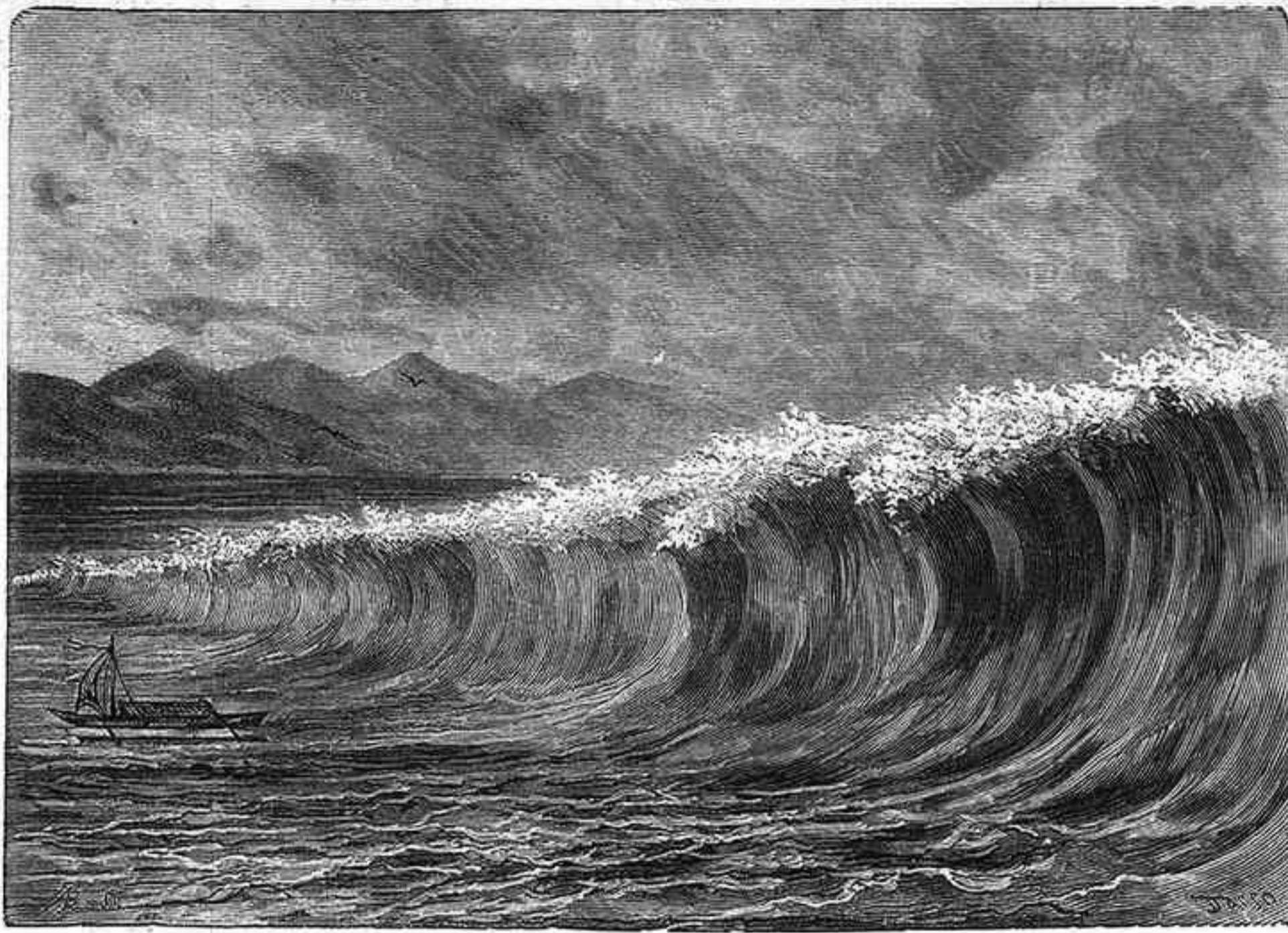
Algunas copas de aguardiente, todo el que me resta, ponen á Husip de muy buen humor; dícame que el Agusán no está lejos; que le encontraré en la vertiente opuesta de las montañas que nos rodean; y después da orden de abandonar las balsas á la corriente del río. Los mandayas arrastran mis embarcaciones, cuya ligereza y solidez excitan su admiración; un hermano de Husip golpea frenéticamente en una especie de tambor de bambú; los mandayas se animan, y muy pronto soy arrebatado en medio de las cataratas entre unos gritos y un estrépito que dominan el del Sahug; las más fuertes embarcaciones, aunque fuesen blindadas, no resistirían largo tiempo á la frotación que sufren mis pobres barcas, harto averiadas ya, y que los indígenas arrastran con una especie de furia. Por fortuna, llegamos muy pronto á la vivienda de Husip, al pie del monte Hoagusán (latitud norte $7^{\circ} 50' 40''$; longitud este de París, $123^{\circ} 39' 30''$; altura 100 metros).

Husip me proporciona portadores, con los cuales llevo, no sin dificultad, al río Agusán, donde me embarco el 24; el 26 estoy en Bunauán ($8^{\circ} 8' 58''$ latitud N, y $123^{\circ} 33' 53''$ longitud E); el 8 de diciembre en Butuán ($8^{\circ} 55' 25''$ latitud N, y $123^{\circ} 13' 37''$ longitud E); y el 16 llevo á Surigao, capital de la provincia del mismo nombre.

VIII

Surigao.—Lago de Mainit.—Costa oriental de Mindanao

El gobernador, coronel D. Alberto Raccay y Milagro, y el P. Ramón Luengo, superior de las Misiones, religioso tan amable como sabio, me reciben con la mayor cordialidad en Surigao. Durante mis diversas esta-



Viaje á Filipinas.—Barra del río Gigaquit

ciones en este punto, me alojo en casa de D. Carlos Herrera, negociante español, y en la del P. Luengo; todos estos señores, sumamente obsequiosos, ponen á mi disposición su autoridad, su influencia y su conocimiento del país, con una solicitud que no olvidaré jamás.

El P. Luengo me dice que puesto que busco cráneos, no podría ir á ningún punto más favorecido para encontrarlos, y el mismo día despacha á un emisario á la isla de Dinagat para traer los que ha visto. Siguiendo su consejo, me dirijo á Taganaán, en el océano Pacífico, utilizándome de la embarcación del señor Herrera, que quiere servirme de guía.

Llegamos á Taganaán con una celeridad vertiginosa, aprovechando corrientes de marea, que alcanzan cinco ó seis millas por hora. Esta parte de la península de Surigao está preservada por numerosas islas; el mar está tranquilo, y las dificultades de la navegación se reducen á los torbellinos ocasionados por los choques de corrientes contrarias, que en ciertos puntos se estrellan unas contra otras. Este es el resultado de la diferencia de las horas de las mareas en las costas este y oeste de la península de Surigao: cuando el mar está bajo en la bahía de Butuán, se extiende en la costa del Pacífico. Las mareas de las Filipinas presentan, por lo demás, tales anomalías, que han recibido el nombre de *locas*, habiéndose desesperado durante mucho tiempo de llegar á conocer las leyes á que obedecen. Las numerosas islas del archipiélago oponen

un obstáculo á la libre propagación de la marea que se forma en el Pacífico; y á esta causa de irregularidad agrégase la que proviene de la relación variable de las ondas diurna y semi-diurna. La combinación de estos diversos factores produce los resultados más extraños; así por ejemplo, en Basilán no hay nunca más de una marea diaria, mientras que en Zamboanga no se produce el mismo hecho sino durante diez y seis días del mes lunar.

Encuentro en Taganaán al P. Jaime Plana, muy aficionado á historia natural, que manda preparar inmediatamente su barca y me conduce al pequeño islote donde está la gruta de Tinagho (el secreto), cuyo nombre nada confirma, pues todos los del país la conocen muy bien. Contiene muchos esqueletos, revueltos con ataúdes en forma de piragua. La fragilidad de todas estas reliquias es extrema, pero consigo hallar algunos ejemplares en buen estado y muy interesantes, porque demuestran que en una época muy remota coexistían en este punto las razas malaya, manobo y negrito. El P. Plana me invita á tomar de sus colecciones todos los objetos que puedan convenirme.

20 diciembre.—Me pongo en camino para visitar el Lago de Mainit, situado en el centro de la península de Surigao, y muy notable: á la vuelta descendo por el río Tubay, que le sirve de depósito.

Al llegar al pueblo de Tubay, siento un malestar inexplicable; subo instintivamente á la primera caseta que encuentro, y me echo en un rincón, sin tener apenas fuerza para mandar á Marcelo que haga calentar unos guijarros á fin de comunicarme un poco de calor. Presa de una cefalalgia violenta, pierdo el conocimiento; y al volver en mí, incapaz de moverme ni de elevar la voz, ofrécese á mi vista un espectáculo singular. Los cuadrilleros del pueblo y mis muchachos han empeñado una furiosa partida de monte; media docena de jóvenes bisayas, llegadas de no sé dónde, y evidentemente embriagadas, rodean á los jugadores, escanciándoles vino de nipa en un vaso de cuero. Creyéndome muerto ó moribundo, mis hombres han juzgado sin duda que lo más urgente era gastar las pesetas ganadas durante el día. La cólera me da fuerzas, y apoderándome de un bejuco, me precipito sobre los jugadores, que consternados por mi imprevista aparición, huyen por todas las aberturas, profiriendo exclamaciones lamentables, y tapándose los oídos, acto que en los bisayas indica el más profundo terror. Desfallecido por este esfuerzo, vuelvo á mi rincón, donde me sobrecoge el delirio.

(Continuará)



Viaje á Filipinas.—Orgia interrumpida

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN